

arzobispo del lugar, separaba los huesos uno por uno y los colocaba en el altar. «Cardenal, yo querría una reliquia» manifestó Felipe, a lo que aquél le respondió: «Todo es de Vuestra Magestad: tome lo que fuera servido». Y el monarca escogió uno de los fémures de la santa para El Escorial. Durante su enfermedad terminal, la única manera de sacar momentáneamente del coma al moribundo real era decir en voz alta: «¡No toquéis en las reliquias», fingiendo la existencia de un perturbador. Entonces, confusamente alarmado, el rey abría los ojos.

*–Uno de los capítulos más interesantes de «El éxito nunca es definitivo», el segundo, establece comparaciones entre la «Armada Invencible» española de 1588, vencida por los ingleses, y la Armada holandesa de 1688, que triunfó frente a éstos. ¿Podría señalar, muy esquemáticamente, las causas de la célebre derrota española ante la Armada británica?*

–A menudo, la atención se ha fijado sobre unas cartas del duque de Medina Sidonia, comandante de la flota de Felipe II, en las que decía que el día de la batalla decisiva, 8 de agosto de 1588, «nosotros no hemos tenido pelotas» (se refería a los proyectiles esféricos de los cañones). Y eso no es verdad. Mi colega Colin Martin, que ha explorado bajo el mar los restos de cinco navíos españoles hundidos en esa batalla, encontró una enorme cantidad de balas. Por otra parte, en la flota había muchos bajeles alquilados que cuando regresaron a España tuvieron que devolver la munición y la pólvora que se les había entregado al partir hacia la guerra. Recuerdo, por ejemplo, el caso del «San Francisco», que salió con 3.000 balas y regresó con 2.950. Entonces, ¿qué pasó? ¿Por qué los españoles no pudieron disparar su munición, de la que disponían en exceso? Creo que la flota española esperaba abordar y tenía en principio su artillería cargada para un solo disparo, y carecía de un sistema para recargar en plena batalla, que en cambio poseían los ingleses. Esto fue confirmado también por unos documentos que encontré en el archivo de Simancas, que no sólo consignaban las cantidades globales de balas sino lo gastado día por día. Se cuenta allí, por ejemplo, que la «Santa Bárbara», una nave mediana, disparó 35 balas cada día, y tenía 35 cañones; es decir, una bala diaria por cañón. Al contrario, los documentos similares ingleses indican que cada uno de sus navíos disparó unos 500 proyectiles por día. El fracaso español fue debido, básicamente, a la inferioridad tecnológica de su artillería. Felipe II no había previsto una estrategia adecuada, y las consecuencias las pagó la «Armada Invencible».

*–En cambio, el persistente viento del Este –el famoso «viento protestante»– que favoreció en 1688 el rápido desplazamiento de la Armada holan-*

*desa e inmovilizó a la inglesa, suscita un interesante enigma histórico: ¿Puede un factor fortuito inclinar la balanza en un conflicto por encima de factores estructurales?*

–Estoy convencido de ello. La suerte juega un papel importantísimo en los acontecimientos históricos. Elijamos un ejemplo del siglo XX: cuando el 10 de mayo de 1940 los alemanes desencadenaron la invasión de Francia, al margen de su eficacia militar contaron con una enorme buena fortuna, como factores meteorológicos y determinados fallos de los servicios de inteligencia franceses.

*–¿A qué atribuye que el desembarco triunfal de la Armada holandesa de Guillermo de Orange en Inglaterra, en 1688, sea un episodio no suficientemente recordado por los ingleses y que se evite llamarlo invasión?*

–Al orgullo. Los pueblos, como los individuos, prefieren a menudo no recordar el pasado tal cual fue sino como mejor conviene y halaga la percepción que tienen de sí mismos. Tampoco se llamó en España sublevación al movimiento de Franco contra la República sino «cruzada de liberación». Los vencedores imponen su nomenclatura: es un modo de controlar la historia a través de las palabras. La invasión holandesa a Inglaterra en 1688 fue bautizada como «liberación» y Guillermo de Orange como «Guillermo el Libertador», como si se tratase de un Simón Bolívar. Sin embargo, las tropas holandesas ocuparon durante 18 meses Londres y prohibieron a los regimientos ingleses acercarse a la capital.

*–Usted señala que en la unificación de España y Portugal bajo el reinado de Felipe II, que marcó el punto más alto del poderío imperial español, ya estaban las grietas que prefiguraban su resquebrajamiento. ¿La enormidad de todo imperio indica su imposibilidad?*

–Un imperio mundial no puede existir sin enemigos. La unión de España y Portugal en 1580, dos superpotencias de la época, alteró el equilibrio político en Europa. (Otra famosa medalla conmemorativa, acuñada probablemente en 1583, mostraba en una de sus caras a Felipe II y en su reverso un globo terráqueo coronado por un caballo con esta leyenda de soberbia sin par: «El mundo no es suficiente»). Por lo tanto, más que necesario era obligatorio para los enemigos del emperador español actuar contra él. Con innegable lucidez escribía el duque de Sessa, embajador español en Roma, en un memorando dirigido a don Balthasar de Zúñiga, embajador español en Bruselas, poco después de la muerte de Felipe: «Verdaderamente, señor,

me parece que poco a poco nos vamos haziendo terreno adonde todo el mundo quiere tirar sus flechas, i Vuestra Señoría sabe que ningún imperio, por grande que aya sido, a podido sustentar largo tiempo muchas guerras juntas en diferentes partes.» Consideremos el ejemplo de la conquista de las Islas Filipinas, organizada desde México. Como es sabido, Miguel López de Legazpi, súbdito de la capital mexicana, salió de Acapulco con su flota y coronó con éxito la conquista del archipiélago asiático. ¿Pero quién pagó por la defensa de ese territorio? México. Los virreyes debían enviar más tesoros a Manila que a Madrid. La superextensión de un imperio torna indefendible su dominio. Filipinas no era defendible ni desde España ni desde México.

*—Trasladándonos al mundo actual, ¿es aplicable este criterio a la hegemonía de Estados Unidos, irrefutable desde la caída de la Unión Soviética, aunque la naturaleza de su poder es distinta de la de los imperios de la era moderna?*

—Vamos a ver. Es demasiado pronto, en términos históricos, para sacar conclusiones. Ahora bien, ¿quién hubiera pensado, por ejemplo, que Estados Unidos ganaría la Guerra del Golfo de 1990-1991 casi sin pérdidas humanas? Fue una proyección de su poder verdaderamente sin precedentes.

*—¿Cree en el valor de la historia oral, de las historias de vidas anónimas, de la microhistoria?*

—Absolutamente, sí. Por ejemplo, el libro del historiador italiano Carlo Ginzburg *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* es enormemente interesante. Narra el caso del molinero friulano Domenico Scandella, apodado Menocchio, que murió en la hoguera por orden del Santo Oficio a finales del siglo XVI. El título remite a la respuesta que dio cuando los inquisidores le preguntaron: «Bueno, Menocchio, ¿cómo piensas que ha sido creado el mundo si no aceptas la explicación de la Biblia?» A lo que respondió: «Es como un queso. En el queso no hay nada, pero si se lo deja al aire unas semanas aparecen los gusanos. Yo creo que la creación del mundo sucedió de manera parecida.» Esta teoría era poco aconsejable para exponerla a los señores inquisidores. La primera vez el Santo Oficio perdonó a Menocchio, con la condición de que no dijera más esas cosas, pero el molinero no pudo callar y eso le costó la vida en un segundo proceso. La historia de este hombre que recupera Ginzburg es muy valiosa como testimonio de la cultura popular en ese tiempo y en

esa zona de Italia. Pero claro, la pregunta para la historiografía es: ¿Era típico Menocchio? ¿Cuántos Menocchio existían en el siglo XVI? Las respuestas a estos interrogantes medirían el grado de representatividad del molinero. No obstante, aun cuando hubiese existido un solo Menocchio, se trata de una historia muy interesante.

*—¿Han existido guerras de religión puras, que no contuviesen otros motivos operantes extrarreligiosos?*

—Creo que no. Siempre existieron intereses políticos que calentaron las contiendas o las refrescaron. La religión es un elemento, a veces incluso el principal, pero nunca, a mi juicio, el único.

*—¿Tiene una filosofía de la Historia?*

—Yo soy más bien un mecánico de la Historia. Prefiero estudiar el cómo de los acontecimientos antes que el porqué. Y me parece muy importante tener en cuenta las medidas, las posibilidades y las limitaciones de las fuentes propias de cada época, en mi caso, sobre todo las del siglo XVI. Hay unas cosas que se pueden decir y otras que no. También es necesario, creo, dar un punto de vista del pasado sobre las preocupaciones del presente.